

ENTREVISTA A FRANZ HOLZER, PREMIO NOBEL DE MEDICINA

PG. Creo que fue Voltaire quien dijo que los médicos entretienen a las enfermedades hasta que la naturaleza encuentra la solución. Yo supongo que usted no estará de acuerdo.

FH. Bien, al modo de su poeta Becquer, yo diría que “voy contra mi interés al confesarlo”. Sí, el filósofo francés tiene en parte, sólo en parte, cierta razón.

PG. ¿Podría aclararlo?

FH. Un cuerpo herido no pierde el tiempo esperando que lleguen las ambulancias. Vivir es querer vivir, luchar por vivir. Y la naturaleza manifiesta esa fuerza biológica que le impele a la resistencia contra una agresión.

PG. ¿Un ejemplo?

FH. Cuando la piel sufre una herida la sangre se espesa para taponar la abertura. Los trombocitos son como soldados que acuden a defender la brecha.

PH. Ciertamente, pero cuando el ataque es demasiado poderoso la barrera de contención no sirve. Entonces hace falta un torniquete, y no es la naturaleza la que hace de enfermero.

FH. La palabra “enfermedad” viene de “no firme”. O sea, es la negación del estado normal, la “no validez”. Estar sano viene a ser como la paz del cuerpo, una nación no puede existir permanentemente en guerra, consumiría sus recursos. En suma, el médico interviene cuando no queda otra cosa que hacer, la naturaleza ha sido desbordada.

PH. Todo lo contrario del pensamiento de Voltaire.

FH. Si, por eso dije que sólo tenía parcialmente razón. Cambiar una bombilla está al alcance de todos, para realizar una instalación se precisa al electricista. La naturaleza se ocupa de las cosas menudas, aquellas que no requieren la intervención de un especialista, el médico. Y, por fortuna, la vida está más llena de cosas menudas. El cáncer suena mucho, todos conocemos pacientes, pero lo habitual es no sufrirlo.

PG. Evidentemente, aunque muchos hayan estado un tiempo en un hospital, en las calles siempre hay muchas más personas sanas que en manos del médico. Solamente los ancianos muestran una tendencia contraria.

FH. En una canción Serrat le hace decir a una mujer, para decirlo con el tonto eufemismo, “de la tercera edad”, estas palabras: “avui em fa mal res”. ¿Es un fracaso de la medicina no hallar la piedra filosofal, el oro de la eterna juventud? No, no lo creo. La ciencia no se plantea utopías. Solamente podemos proponernos la mejor vejez posible.

PH. ¿Es la geriatría la pariente pobre, la cenicienta de la medicina? Usted ha rechazado la expresión “tercera edad”. En un mundo donde predominan los valores de la juventud, ¿no es lógico arrancar a la palabra “viejo” su carácter peyorativo?

FH. Dejemos aparte el hecho de que tanto biológica como socialmente hay más de tres edades. La voz “viejo” deriva del latín “vetus”, viejo es el “veterano” el que tiene experiencia de la vida. El viejo o “vetus” tiene la facultad de “vetar” las leyes en el senado, un nombre que procede de “senectud”.

PH. Un alarde filológico para un médico.

FH. No sé si alarde o pedantería. En cualquier caso, el médico es el científico que trabaja más cerca del alma. Un biólogo es solamente un médico residente, se queda en la puerta de esa aduana que separa la “psique” del “soma”.

PH. Ciertamente muchos médicos han sido humanistas: Huarte de san Juan, Miguel Servet, Marañón, Laín Entralgo, etc.

FH. El hombre no es una máquina, según afirmaba La Mettrie. Como un ser compuesto de una parte material que es el cuerpo y otra parte inmaterial, que es el alma, podemos acercarnos a la enfermedad desde dentro hacia fuera o desde fuera hacia dentro.

PG. ¿Podría ser más claro?

FH. Platón decía que el mejor médico era aquel que conocía su enfermedad como galeno y también como paciente. Pero entre ese saber positivo de la ciencia externa y la introspección psicológica del enfermo debe mediar el lenguaje. Y éste es a veces pobre para describir nuestras sensaciones, debe recurrir a metáforas: “me explota la cabeza”, “una piedra en el estómago”, etc.

PG. De aquí que las pruebas físicas, objetivas, sean más fiables. ¿No es así?

FH. El psicoanálisis de Freud descubrió que debajo de la conciencia había “vida”. Ahora bien, ese mundo, más bien inferior que interior, es menos manejable que la realidad exterior de un análisis de sangre y de orina. Y lo mismo ocurre en el nivel consciente. Aunque ciertamente aquí las descripciones de los pacientes sobre sus males suelen ser bastante semejantes.

PH. En ese carácter fronterizo de la medicina entre la naturaleza y el espíritu, ¿no es la religión el punto de unión?

FH. Usted me pregunta aquí sobre la posibilidad del milagro. El chamán, el brujo, el curandero, suelen estar revestidos de un carácter sacerdotal. Las manos y la palabra son los instrumentos de la salud. Palabras como “quirófano” o “cirugía” derivan de “manos”, Quirón” es el centauro conocedor de la medicina. La sanación por las manos influye en la imposición de éstas en muchas ceremonias religiosas.

PG. ¿Y el lenguaje cura?

FH. Sí, pero en un sentido más profundo que la logoterapia o el hecho de hablar para desahogarse. Quien conoce el nombre de una cosa la posee de algún modo. Yahvé no se deja atrapar cuando dice “Yo soy el que soy”. El anónimo nos inquieta, nos deja en la incertidumbre. Si los médicos no llaman a una enfermedad con un nombre el paciente se asusta. Pero si se le dice que usted padece una “hemosupuración grandulocordial”, entonces nos sentimos ya algo tranquilizados. Pero ese nombre inventado es semejante al cajón de sastre conocido como “disfuncional”: no sabemos lo que le pasa. No es orgánico, al menos por ahora. Endósele a la psique.

PG. También la oración y el lenguaje de la liturgia tiene un función de sanación espiritual. Existe una medicina espiritual de la palabra.

FH. En la India la relación entre las fórmulas verbales de un rito y el efecto religioso que produce son muy estrechas. El sánscrito, como el latín, era una lengua muerta de carácter sagrado. Si se pronunciaba de manera incorrecta una frase, la ceremonia dejaba de tener valor. De ahí que los gramáticos hindúes realicen una pormenorizada descripción de los sonidos. No podía haber un error en la pronunciación. La fonética india alcanzó por dicho motivo religioso una altura tan elevada que solamente hasta mediados del siglo XIX los europeos hemos podido alcanzarla.

PG. La Iglesia tiene al médico como el notario de los milagros. Un santo debe realizar acciones que la ciencia no puede explicar. ¿Qué opina?

FH. Sí, pero ¿en qué momento del desarrollo de la ciencia no se pueden explicar? ¿Es posible retirar la aureola como se retiran los galardones cuando la ciencia de hogaño explica el misterio de antaño? Seguramente una persona que saliese de un coma profundo después de muy largo tiempo parecería un resucitado a los ojos de los hombres medievales?

PG. Entiendo que no cree usted en la existencia de milagros, al menos en su rama profesional, las curaciones inexplicables.

FH. Aquí se parte de una equivocación en el sentido prístino de la palabra. “Milagro” significa “cosas dignas de mirar, admirables”. El hecho de que un hombre en coma se levante después de un año es admirable, un milagro. Todo en el universo, todo en la vida es admirable para una mente curiosa.

PG. Pero el sentido actual es todo aquello que contraviene las leyes del universo.

FH. La creencia de que las leyes del universo son fijas, inmutables, no deja de ser una creencia. Por lo menos es aceptable desde que las observamos, las medimos, hallamos constantes, etc. Pero piense que el universo se alterase de la misma forma insensible con la que nosotros no apreciamos el giro de la tierra en torno al sol. Y entonces supongamos que en varios millones de años y de un modo inapreciable, las leyes que suponíamos fijas cambian sin habernos dado cuenta. Los objetos, por ejemplo, caerían con una cierta inclinación en vez de hacerlo verticalmente. Por supuesto, esto es también una creencia y una creencia solamente verificable, si se puede, después de varios millones de años.

PG. ¡Cuán largo me lo fiáis! En cualquier caso, como médico y teniendo en cuenta que no vivirá millones de años, supongo que seguirá considerando que la temperatura media del hombre son los 36 grados.

FH. Por supuesto, nuestra ciencia progresa pero no lo hace a la velocidad de la luz.

PG. Ese progreso de la ciencia médica se refleja bien en el lenguaje. Quevedo, siguiendo el tópico contra los médicos, los fustiga constantemente como “matasanos”.

FH. Es verdad que en los últimos siglos hemos aprendido bastante. El saldo entre los muertos que dejamos y los enfermos a los que salvamos es claramente favorable a nuestra profesión. Tal vez hayamos encontrado el truquillo.

PG. Pero los médicos de un futuro lejano se horrorizarán probablemente de sus métodos calificándolos como bárbaros.

FH.- Tiene razón, los médicos, para citar nuevamente al poeta cojo, podríamos decir “Atiende al so que la humildad te pide”. El instrumental de hace siglos hoy nos espanta. ¿Y el nuestro dentro de cuatro o cinco siglos? Quienes reciben en nuestros días una litotricia deberían pensar en la dolorosa operación de tres horas que sufrió Rousseau para extraerle una piedra de la vejiga.

PH. Muchas gracias. Otro día hablaremos sobre el juramento hipocrático, la eutanasia, el aborto, la fecundación artificial, etc.

Pablo Galindo Arlés
11 de agosto de 2019